

Aproximación al aporte de Pierre Bourdieu a la teoría e investigación sociológica

Por Marcelo Padilla

Resumen

Es intención de este artículo introducimos en el complejo corpus Bourdieano. Para ello, hemos seleccionado, de su cuantiosa obra, algunas lecturas fundamentales que hacen a la problemática teórica de la sociología, así como a determinados tópicos concretos: la educación, la cultura, el lenguaje, los gustos. El trabajo que desarrolla Bourdieu ha permitido renovar la problemática teórica y el conocimiento empírico sobre las cuestiones culturales y simbólicas. La incorporación de la obra de Bourdieu a la Argentina se produce hacia principios de los años '90 y rápidamente será incorporada al mundo académico. No obstante, su acelerada incorporación llevó a una simplificación de su obra, constituyendo una *moda* en no pocas Facultades de Ciencias Sociales. Esto implicó, como pasa con toda moda, que no se lo abordara con la profundidad y la distancia necesarias. Por ello, es fundamental, a seis años de su muerte, comenzar a dimensionar la vasta obra sociológica de Bourdieu para rescatar su legado, que, seguramente, se constituirá en un clásico en la renovación sociológica contemporánea.

Abstract

Is our intention in this article, enter upon an introducing in de complex Boudieu's theory. For that, we had chanced some fundamental readings that constitute the sociology theoretical problematic, so as determinate concrete topics: education, culture, language, tasties. Bourdieu works, had permit renew he theoretical problematical empiric knowledge about symbolic and culture questions. We lived in the '90, the introducing of his work in Argentina, which was rapidly incorpored by de academic world. But this fast conduced to a simplification of his theory, becaming in a fashion in no few Social Science Faculties. That, implicated, as in all fashions, a not deeply knowledge and the necessary distance. For all that, afterwards six years from his death, begin to give the dimension to his vast sociologic Bourdieu's work to rescue his legate, that will constitute in a classic of the sociologic contemporary renovation.

Aproximación al aporte de Pierre Bourdieu a la teoría e investigación sociológica

1. Acerca del autor

Pierre Bourdieu nació el 1 de agosto de 1930 en Denguin, en los Pirineos Atlánticos, al suroeste de Francia. Graduado en la Facultad de Letras de París, ingresó a la prestigiosa «Escuela Normal Superior» en 1951. Justamente allí se formaron intelectuales franceses de la talla de Jean-Paul Sastre y Claude Lévi-Strauss. Como sociólogo, comenzó su carrera al realizar trabajos de investigación sobre la estructura social de Argelia, centrando más tarde sus estudios en el sector campesino de ese país. Por su trayectoria, luego de ser nombrado profesor del Liceo de Moulins, es designado hacia 1964 Director de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales. De allí en más, su labor académica se hizo cada vez más prolífica y llegó, en 1981, a ser designado en el puesto académico más prestigioso de Francia, en el «Colegio de Francia», con el título de Profesor titular de la cátedra de sociología, cargo en que se desempeñó hasta su muerte el 23 de enero de 2002.

La obra de Bourdieu ha sido enorme, cuanto a su producción conceptual como a investigaciones empíricas, las cuales van del estudio del campesinado, el arte, la literatura, el consumo cultural, el deporte, el lenguaje, los intelectuales y el Estado. Según uno de sus discípulos, Loic Waqant, «esta profusa labor realizada por Bourdieu en los últimos tres decenios constituye unos de los acervos teóricos y de investigación sociológicas más imaginativos y fecundos de la posguerra... su influencia se acrecentó rápidamente y se extendió de continuo entre las disciplinas, desde la antropología y la sociología de la educación hasta la historia, la lingüística, la ciencia política, la filosofía, la estética y los estudios literarios» (Waqant, L. 1995:15).

Para Bernard Lahire, un sociólogo formado en sus filas y responsable de una importante compilación de trabajos críticos sobre la obra de Bourdieu, el trabajo del francés de los pirineos constituye un verdadero tesoro sociológico, donde la interpretación del autor «es una de las orientaciones teóricas más estimulantes y complejas en ciencias sociales, una de las que más integran sutilezas teóricas y metodológicas en la gran corriente de las sociologías críticas sensibles a las formas de ejercicio del poder y de las relaciones de dominación, y que preconizan la ruptura con las ideologías» (Lahire, B. 2005:13).

La incorporación de la obra de Bourdieu a la Argentina se da hacia principios de los años '90 y rápidamente será incorporada al mundo académico. No obstante, su acelerada incorporación llevó a una simplificación de su obra, constituyendo una *moda* en no pocas Facultades de Ciencias Sociales. Esto implicó, como pasa con toda moda, que no se lo abordara con la profundidad y la distancia necesarias. Por ello, es fundamental, a cinco años de su muerte, comenzar a dimensionar la vasta obra sociológica de Bourdieu para rescatar su legado, que, seguramente, se constituirá en un clásico en la renovación sociológica contemporánea.

2. Introducción

Es intención de este artículo introducirnos en el complejo corpus bourdieano. Para ello, hemos seleccionado, de su cuantiosa obra, algunas lecturas fundamentales que hacen a la problemática teórica de la sociología, así como a determinados tópicos concretos: la educación, la cultura, el lenguaje, los gustos. El trabajo que desarrolla Bourdieu ha permitido renovar la problemática teórica y el conocimiento empírico sobre las cuestiones culturales y simbólicas. Ello le ha significado una peculiar inserción en el pensamiento contemporáneo. Los aspectos que denotan con mayor claridad los principales rasgos distintivos de este autor podemos resumirlos en los siguientes ejes:

a) utiliza con mucha frecuencia en sus trabajos las encuestas y las estadísticas con la finalidad de evitar las reflexiones impresionistas o la aplicación mecánica de principios derivados de conceptos demasiado abstractos, y a su vez, para evitar la sacralización de los datos empíricos;

b) por lo general se interesa por aquellos problemas desde los cuales la cultura se vuelve fundamental para entender las relaciones y las diferencias sociales, en el sentido de observar en las estructuras simbólicas una dimensión constitutiva para comprender a todo poder. A este renovado intento él lo denomina «*estructuralismo constructivista*»;

c) busca permanentemente establecer cómo se articulan lo económico y lo simbólico en los procesos de reproducción, diferenciación y construcción del poder;

d) define a la formación social como un sistema de relaciones de fuerza y de sentido entre los grupos y las clases;

e) entiende a la sociología como la ciencia de la institución y de la relación con la institución, fundamentando así la posibilidad de practicar una *sociología de la sociología*, es decir, concebir como tal, el espacio de la lucha de las clasificaciones y la posición o relación del sociólogo con tal espacio.

3. Nociones mediadoras de conocimiento

Los argumentos explicativos más importantes que fue construyendo en sus obras, para describir y explicar la articulación entre lo económico y lo simbólico, entre lo objetivo y lo subjetivo, entre la producción y el consumo, se materializan a partir de una serie de nociones mediadoras -tal como él las llama para diferenciarlas de los conceptos- a saber: juego, habitus, campo, estrategias de reproducción y subversión, y capital simbólico. El análisis que propone consiste, por un lado, en apartar las representaciones subjetivas de los agentes construyendo estructuras objetivas (modelos), lo que conlleva a fundamentar las representaciones subjetivas, dando cuenta de las coacciones estructurales que pesan sobre las interacciones. Por otro lado, esas representaciones también deben ser consideradas si se quiere dar cuenta especialmente de las luchas cotidianas, individuales o colectivas, que tienden a transformar o a conservar esas estructuras. Esto significa que los dos momentos del análisis, el objetivista y el subjetivista, existen en una relación dialéctica, y corresponde que los puntos de vista de los agentes o grupos de agentes sociales sean aprehendidos en tanto tales y relacionados con las posiciones que en la estructura ocupan aquéllos, en un lugar y un tiempo determinados.

3.1. El sentido práctico: las estrategias

Para superar verdaderamente la *oposición artificial* que se establece entre las estructuras y las representaciones, es necesario, hacerlas interactuar, pero, con un análisis que en principio las interrogue por separado. Sólo así se podrá romper con el modo de pensamiento *sustancialista* y *ahistoricista*. Bourdieu estima indispensable inscribir, en la teoría, el principio real que poseen las estrategias, es decir el *sentido práctico*, aquello que los jugadores llaman el *sentido del juego*, como dominio práctico de la lógica necesaria de un juego que se adquiere por la experiencia en el juego y que funciona más acá de la reflexión sobre los motivos que lo determinan.

Al respecto nos dice el autor:

«La noción de estrategia es el producto del sentido práctico como sentido del juego, de un juego social particular, históricamente definido, que se adquiere desde la infancia al participar en las actividades sociales, especialmente en los juegos infantiles. El buen jugador, que es en cierto modo el juego hecho hombre, hace en cada instante lo que hay que hacer, lo que demanda y exige el juego. Esto supone una invención permanente, indispensable para adaptarse a situaciones indefinidamente variadas, nunca perfectamente idénticas. Lo que no asegura la obediencia mecánica a la regla explícita, codificada (cuando existe). Las estrategias de doble juego consistentes en ponerse en regla, en poner el derecho de su parte, en actuar conforme a intereses mientras se aparenta obedecer a la regla. El sentido del juego no es infalible; está desigualmente repartido, en una sociedad como en un equipo. La libertad de invención, de improvisación, que permite producir la infinidad de jugadas hechas posibles por el juego (como en el ajedrez) tiene los mismos límites que el juego». (Bourdieu, P., 1993 :70).

Entonces, la pregunta: ¿cuáles son los intereses que tienen los agentes para ingresar a los juegos? Ante ello, Bourdieu plantea, que la *magia* propiamente social de la institución puede constituir casi cualquier cosa como de interés, tanto en el sentido de inversión o carga, que será objetivamente correspondido por una economía. Por ejemplo, la economía del honor (o la de los bienes de la salvación eterna) produce y recompensa disposiciones económicas y prácticas aparentemente ruinosas, por tan «desinteresadas», por lo tanto absurdas desde el punto de vista de la ciencia económica de los economistas. La *inversión* es la forma de objetivar esa inclinación por actuar que se engendra en la relación entre un espacio de juego, donde algo está en juego (lo que denomina un campo) y un sistema de disposiciones que se ajusta al juego (lo que denomina un habitus). Dicho en otras palabras, la *inversión* es el efecto histórico del acuerdo entre dos realizaciones de lo social: en las cosas, por la institución, y en los cuerpos, por la incorporación.

3.2. La noción de habitus

La noción de *habitus* es central en el esquema interpretativo bourdieano. Se trata de un concepto muy amplio que lleva por finalidad dar cuenta de cómo se produce el sentido práctico. Esta noción, que involucra una serie extensa de momentos constitutivos complejos, posee la dinámica propia de aquellos términos que señalan procesos en los cuales convergen extensos vectores temporales y situacionales. En una primera lectura parecería estar muy emparentada con el «inconsciente» del psicoanálisis, y con ello ser una categoría explicativa de las

acciones individuales, pero en realidad, su producción, sus efectos y constitución están determinadas histórica y socialmente, sólo que a efectos de simplificar determinadas explicaciones se suele situar al habitus individualmente. Así lo plantea en una de sus obras:

«La noción de habitus, nació de la voluntad de recordar que al lado de la norma expresa y explícita o del cálculo racional, hay otros principios generadores de las prácticas. Eso sobre todo en las sociedades en que hay pocas cosas codificadas; de suerte que, para dar cuenta de lo que la gente hace, es necesario suponer que obedecen a una suerte de sentido del juego como se dice en deporte, y que, para comprender sus prácticas, es necesario reconstruir el capital de esquemas informacionales que les permite producir pensamientos y prácticas sensatas y regladas sin intención de sentido y sin obediencia consciente a reglas explícitamente enunciadas como tales. La estadística, muestra que las prácticas no se conforman sino excepcionalmente a la norma» (Bourdieu, P., 1993 :83).

La acción no es una respuesta cuya clase se encuentre sólo en el estímulo desencadenante; tiene como principio un *sistema de disposiciones*: el habitus, que es producto de toda la experiencia biográfica (lo que hace que, como no hay dos historias individuales idénticas, no hay dos *habitus* idénticos, aunque haya clases de experiencias, y de allí clases de *habitus*: los *habitus* de clase). Son una especie de programas (en el sentido que se le da en la informática) históricamente elaborados, que se encuentran, en cierta forma, en el principio de la eficacia de los estímulos, puesto que las estimulaciones convencionales y condicionadas sólo pueden ejercerse sobre organismos dispuestos a percibirlos. Fundado sobre la experiencia pasada, el habitus concede un peso desmesurado a las primeras experiencias. Su modificación parcial proviene del límite de su validez, es decir, de que las nuevas condiciones de la experiencia hayan sido notablemente modificadas como para evidenciar el desajuste entre las anticipaciones puestas en práctica y las nuevas condiciones de existencia que impidieron realizar esa «necesidad hecha virtud».

3.3. La noción de campo

Bourdieu entiende que no se puede hacer una sociología de las condiciones sociales de producción de un determinado sector institucionalizado, sin estudiar antes la aparición de ese sector como un campo de producción relativamente autónomo y las condiciones sociales de autonomización de dicho campo.

«Un campo es un universo en el cual las características de los productores están definidas por su posición en las relaciones de producción, por el lugar que ocupan en un espacio determinado de relaciones objetivas. Las propiedades más importantes de cada productor se encuentran en sus relaciones objetivas con los demás, es decir, fuera de él, en la relación de competencia objetiva, etc.» (Bourdieu, P., 1984 :104).

¿Qué elementos, entonces, definen un campo?. Fundamentalmente definiendo aquello que está en juego (un tipo de producción específico) y los intereses específicos (un tipo de economía particular), que son irreducibles a lo que se encuentra en juego en otros campos o a sus intereses propios. Así, por ejemplo, no será posible atraer a un futbolista con lo que es motivo de disputa entre geógrafos, porque los intereses en disputa no serán percibidos por alguien que no haya sido construido para entrar en ese campo. Por lo tanto, para que funcione un campo, es necesario que haya algún juego y gente dispuesta a jugar, que esté dotada de los hábitos que implican el conocimiento y reconocimiento de las leyes immanentes al juego y de lo que está en juego. En un momento específico, sostiene:

«La estructura del campo es un estado de la relación de fuerzas entre los agentes o las instituciones que intervienen en la lucha o, si ustedes prefieren, de la distribución del capital específico que ha sido acumulado durante luchas anteriores y que orienta las estrategias ulteriores (hablar de capital específico significa que el capital vale en relación con un campo determinado, es decir, dentro de los límites de este campo, y que sólo se puede convertir en otra especie de capital dentro de ciertas condiciones)» (Bourdieu, P., 1984:136).

Hay toda una suerte de homologías estructurales y funcionales entre el campo social en su conjunto y cada uno de los campos específicos que decidamos construir como objeto de investigación (campo político, literario, religioso, económico, etc.), ya que todos ellos tienen sus dominantes y sus dominados, sus conservadores y su vanguardia, sus luchas subversivas y sus mecanismos de reproducción. Lo que nunca debe olvidarse es que cada uno de esos fenómenos reviste en su seno una forma completamente específica. La homología puede ser descrita como un parecido en la diferencia. Preguntémosle entonces ¿cuándo no hay dudas de que se ha constituido un campo? Y nos dirá:

«Existe el efecto de campo cuando ya no se puede comprender una obra (y el valor, es decir, la creencia que se le otorga) sin conocer la historia de su campo de producción: con lo cual los exegetas, comentaristas, intérpretes, historiadores, semiólogos y demás filólogos justifican su existencia como únicos capaces de explicar la obra y el reconocimiento del valor que se le atribuye». (Bourdieu, P., 1984 : 139).

Por lo general tenemos que todo campo es el lugar de las relaciones de fuerza y de las luchas tendientes a transformarlas o a conservarlas -lo que Althusser define como aparato ideológico de estado, para Bourdieu es un estado excepcional y momentáneo en la historia de un campo-, siempre ocurre que estas relaciones de fuerza que se imponen a todos los agentes que entran en el campo (y que pesan con mayor brutalidad sobre los que recién entran) revisten una forma especial. En el caso de los campos en que predomina la producción simbólica tienen por principio una especie muy particular de capital, que es a la vez el instrumento y la apuesta de las luchas de competencia en el seno del campo: el capital simbólico, como capital de reconocimiento o de consagración, institucionalizado o no, que los diferentes agentes o instituciones pudieron acumular en el curso de luchas anteriores, al precio de un trabajo y de estrategias específicas. Una de las apuestas mayores de las luchas que se desarrollan en los campos donde predomina la producción simbólica, es la definición de los *límites del campo*, es decir la participación legítima en las luchas. Decir de tal o cual corriente, de tal o cual grupo, que «no hace arte», o «no hacen ciencia» es rehusarle la existencia legítima, es excluirla del juego, excomulgarla. La exclusión simbólica es una estrategia por imponer una definición de la práctica legítima, para constituir una esencia eterna y universal, una definición histórica de un objeto que corresponde a los intereses específicos de los poseedores de un cierto capital específico.

Ahora bien, suele ocurrir que en los juegos institucionalizados los agentes dominantes se ponen de acuerdo para dejar fuera de juego su propio juego y aquello que se juegan. Existen ámbitos diferenciados en los cuales hay participantes que se mueven con *relativa autonomía* (recordar la palabra relativa) respecto de los otros campos de producción. No son lo mismo el campo económico, el burocrático, el religioso, el cultural. En cada espacio se llevan acabo diferentes luchas entre sectores que pretenden imponer la definición legítima de aquello que es «lo consagrado», con el fin de ejercer el dominio sobre los restantes sectores que intervienen en el juego (así, en el campo intelectual, la definición de lo que es la cultura por ejemplo).

En cada campo intervienen una serie de agentes que se encuentran en situación de dominación o subordinación en relación al grupo que detenta el poder. En una época determinada, el poder es tal porque consigue instaurar un sistema específico de reglas o estrategias internas que moldean el funcionamiento del

campo. Este sistema debe ser tenido en cuenta, con gusto o disgusto, por los agentes que desarrollan actividades al interior de un campo (esto es lo que permite construir el momento objetivo). Ello no significa que entre los distintos campos no haya relaciones. Las hay, concretamente son relaciones de dominación/subordinación según su ubicación en el campo del poder, cuando la competencia es entre campos. Por ejemplo, en un sistema capitalista, los artistas e intelectuales pertenecen a la fracción dominada del bloque dominante, es decir que un pintor o un filósofo tienen mayor capital cultural y menor capital económico en relación a un portentoso empresario que tiene mayor capital económico y menor capital cultural, ya que en un sistema capitalista, la estructura de juego históricamente construida otorga al campo de la producción económica capitalista el dominio sobre los restantes campos. Otra pregunta para el autor: ¿por qué ciertos agentes tienen, probabilísticamente, más posibilidades objetivas de convertirse en jugadores dominantes o en jugadores dominados?

«...las coerciones y las exigencias del juego, por más que no estén encerradas en un código de reglas, se imponen a aquellos -y a aquellos solamente- que, porque tienen el sentido del juego, es decir el sentido de la necesidad inmanente del juego, están preparados para percibirlos y cumplirlas. El sentido del juego está desigualmente distribuido, porque hay en todas partes, en todos los grupos, grados de excelencia» (Bourdieu, P., 1993 :71).

Es decir que no todos adquirimos las mismas posibilidades, ya que nos encontramos históricamente situados, participando de una serie de condiciones y condicionamientos que favorecen, o no, adquirir el sentido del juego que se trate en un momento determinado. No elegimos el sexo, ni la educación que decidieron -o no- darnos nuestros padres, el lugar donde pasamos la infancia, etc.

3.4. La noción de capital

Para Pierre Bourdieu, hay poderes sociales fundamentales: el *capital económico* (bajo sus diferentes formas), el *capital cultural* (básicamente incorporado por la familia y el sistema educativo), el *capital social* (como integración y participación en grupos) y también el *capital simbólico* (forma que revisten las diferentes especies de capital cuando son percibidas y reconocidas como legítimas, por caso el honor o el prestigio). De este modo, los agentes son distribuidos en el espacio social global, en la primera dimensión, según el volumen global del capital que poseen bajo diferentes especies, y, en la segunda dimensión, según la estructura de su capital, es decir según el peso relativo de las diferentes especies de capital,

económico, social y cultural, en el volumen total de su capital en un momento histórico determinado. El capital es una especie que se acumula en el tiempo, que se ahorra, como el dinero, y que finalmente luego, se invierte en el campo con el fin de obtener beneficios o un mejor posicionamiento en el propio campo. Siempre el capital es un capital adquirido e incorporado con el tiempo. Por ello podemos definir al capital como *conjunto de bienes que se producen, se distribuyen y consumen, se invierten, se pierden*. Es importante aclarar aquí que Bourdieu libera a este concepto de la sola connotación económica y lo extiende a cualquier tipo de bien susceptible de acumulación, en torno al cual puede constituirse un proceso de producción, distribución y consumo, y por tanto, un mercado.

4. La objetivación del campo de los artistas y la cultura

Las concepciones democráticas de la cultura, entre ellas las teorías liberales de la educación, suponen que las diversas acciones pedagógicas que se ejercen en una formación social colaboran armoniosamente para reproducir un capital cultural que se imagina como propiedad común. Bourdieu se encarga permanentemente de demostrar que los bienes culturales acumulados en la historia de cada sociedad no pertenecen realmente a todos. Solamente son formalmente ofrecidos a todos, ya que accederán a ese capital artístico o científico quienes cuenten con los medios, económicos y simbólicos, para hacerlo suyo. Las clases no se distinguen únicamente por su diferente capital económico, las prácticas culturales de la burguesía tratan de simular que sus privilegios se justifican por algo más noble que la mera acumulación material. Pero también ocurre que:

«En cuanto bienes simbólicos, las obras ofrecidas tienen la característica específica de poder ser consumidas solo por quien posee el código necesario para descifrarlas (es decir, poseer las categorías de percepción y de apreciación que se adquieren frecuentando obras producidas en conformidad a tales categorías). En consecuencia, cuanto más obedece la producción artística exclusivamente a las exigencias internas de la comunidad de los artistas, tanto más las obras ofrecidas superan la capacidad de recepción de los consumidores potenciales (es decir, los «burgueses»), precisamente porque son producidas negando las normas de producción precedentes y las correspondientes categorías. Resulta consecuentemente mucho más probable un desfase temporal entre el momento de la oferta y el de la demanda...destinados a una remuneración diferida, a diferencia de los «artistas burgueses» que pueden contar con un mercado inmediato». (Bourdieu, P., 1983 :31).

Los campos de producción cultural ocupan una posición dominada en el campo de poder. Los intelectuales y artistas son un sector dominado de la clase dominante, pero dominantes respecto de otros sectores que no poseen su capital. Dominante, en tanto que poseedores del poder y de los privilegios que confiere la posesión del capital cultural, dominados en sus relaciones con los que tienen poder político y económico. Esta dominación toma la forma de una dominación estructural ejercida a través de mecanismos muy generales, como los del mercado de bienes y servicios en el sentido del crédito necesario y la publicidad. ¿Cómo funcionan y se regulan los mercados de capitales culturales y simbólicos? El caso de la adquisición de las competencias relacionadas en torno de los actos de habla, es paradigmático para comprender los demás procesos de producción, circulación y consumo de los bienes culturales:

«la lengua oficial se ha constituido vinculada al Estado. Y esto tanto en su génesis como en sus usos sociales. Es en el proceso de constitución del Estado cuando se crean las condiciones de la creación de un mercado lingüístico unificado y dominado por la lengua oficial: obligatorio en las ocasiones oficiales y en los espacios oficiales (escuela, administración pública, instituciones políticas, etc.), esta lengua de Estado se convierte en la norma teórica con que se miden objetivamente todas las prácticas lingüísticas». (Bourdieu, P., 1995 :19).

5. El mercado lingüístico

Una de las leyes de la sociolingüística es que el lenguaje que se emplea en una situación particular no depende sólo de la competencia del locutor, sino también del mercado lingüístico. Según este modelo, el discurso que producimos es una resultante de la competencia del locutor y del mercado en el cual se encuentra su discurso, que depende en gran parte de las condiciones de recepción. Lo que el locutor produzca para este mercado dependerá de sus previsiones sobre los precios que alcanzarán sus productos. Así, al mercado escolar ya llegamos con una previsión de cuáles serán las ganancias o las sanciones que habremos de recibir:

«aprendemos de manera inseparable a hablar y a evaluar por anticipado el precio que recibirá nuestro lenguaje; en el mercado escolar, este precio es la calificación, y ésta implica muy a menudo un precio material (si no se saca una buena calificación en el resumen para el concurso de la escuela politécnica, se acabará siendo administrador en el instituto nacional de estadística y estudios económicos, y ganando un sueldo de hambre). Así, cualquier situación lingüística funciona como un mercado en el cual se intercambia algo. La relación de

comunicación no es una simple relación de comunicación sino también una relación económica en la cual está en juego el valor del que habla. Los alumnos que llegan al mercado escolar tienen una visión anticipada de las posibilidades de recompensa o de castigo que merece tal o cual tipo de lenguaje». (Bourdieu, P., 1984 :122).

Según Bourdieu, la sociología posee la capacidad para desilusionar o contrariar al poder, ya que no hay poder que no deba una parte -y no la menos importante- de su eficacia al desconocimiento de los mecanismos en los cuales se funda. En este sentido entiende que, en determinadas condiciones sociales, ciertas palabras tienen fuerza. Esta fuerza se extrae de una institución que tiene lógica propia, los títulos, las vestimentas, el púlpito, el verbo ritual, la creencia de los participantes, etc. No es la palabra la que actúa, ni la persona que la pronuncia -que es intercambiable-, sino la institución con su fuerza material y simbólica. Entonces recién puede ocurrir que quien tiene la palabra, el que posee el monopolio del hecho de la palabra, imponga por completo la arbitrariedad de sus interrogantes, la arbitrariedad de sus intereses. En la larga transcripción que ubicamos a continuación, se puede percibir el grado de complejidad al que es posible arribar aplicando las premisas de análisis que hemos estado enumerando, al tiempo que se insinúa la eficacia de ese sustrato simbólico al cual Bourdieu denomina «el arbitrario cultural»:

«pero todo lo que dicen las personas comúnmente designadas como 'el pueblo' es realmente popular y todo lo que sale de la boca del 'pueblo verdadero' es la verdad verdadera del 'pueblo'? Se lo ve bien cuando los campesinos, en quienes la tradición «revolucionaria conservadora» ha querido siempre ver la encarnación de lo auténtico, despachan con toda buena fe las expresiones literarias desgastadas de las redacciones de escuela primaria o de la vulgata ruralista, paleo o neoecológica, que les fue transmitida e inculcada por el trabajo de varias generaciones de intermediarios culturales, maestros, curas, educadores, etc. Para comprender ese discurso, que el registro populista constituye en sustancia última, es necesario volver a captar todo el sistema de relaciones del cual es producto, todo el conjunto de las condiciones sociales de producción de los productores de discursos (en particular, la escuela primaria) y del discurso mismo, por lo tanto todo el campo de producción del discurso sobre el 'pueblo', especialmente las regiones dominadas del campo literario y del campo político. En suma, la 'cultura popular', es el tintero...las categorías mismas que se emplean para pensarla, las cuestiones que se le plantean, son inadecuadas. Más que hablar en general sobre la 'cultura popular', tomaré el ej. de lo que se llama la 'lengua popular'. Son modos de hablar que, desde el punto de vista de la lengua dominante, aparecen como naturales, salvajes, bárbaras, vulgares. Y aquellos que, por la preocupación de rehabilitarla, hablan de lengua o de cultura populares son víctimas de la lógica que lleva a los grupos

estigmatizados a reivindicar el estigma como signo de su identidad. Cuando la búsqueda dominada de la distinción lleva a los dominados a afirmar lo que los distingue, es decir eso mismo en nombre de lo cual ellos son dominados y constituidos como vulgares, ¿hay que hablar de resistencia? La resistencia se sitúa en terrenos muy distintos del de la cultura en sentido estricto, donde ella no es nunca la verdad de los más desposeídos, como lo testimonian todas las formas de «contracultura», que, podría mostrarlo, suponen siempre un cierto capital cultural. Y toma las formas más inesperadas, hasta el punto de resultar más o menos invisible para un ojo cultivado» (Bourdieu, P., 1993 :157).

6. Las condiciones sociales del «gusto»

Bourdieu incursiona en el análisis de los «gustos», las condiciones sociales de lo que llama *disposición estética*, tratando de reinsertar la cultura en el sentido restringido y ordinario del término, dentro del sentido amplio del término cultura tal como lo entiende la etnología. Se ocupará en detectar que el consumo de los bienes culturales más legítimos, es un caso particular de la competencia con respecto a bienes y prácticas singulares. Colocará el acento en la lógica que adopta la competencia entre productores o las estrategias de la oferta, para convertir los bienes en legítimos, más que en la lógica de la competencia entre los consumidores. El consumo de bienes supone un *trabajo de apropiación* del producto que se consume, y en el caso de la obra de arte, las satisfacciones que produce el consumo deviene de un tiempo disponible y unas disposiciones adquiridas con el tiempo, todo un trabajo de localización y desciframiento. Esto conduce a observar el sistema de características pertinentes bajo las cuales han sido determinadas cada una de las clases de agentes, donde se pone de manifiesto el universo de usos sociales, ya que el productor ha tenido en cuenta los esquemas de percepción, apreciación y de acción que constituirán en su utilidad objetiva en un uso práctico:

«se trata de sustituir la relación abstracta entre consumidores con gustos intercambiables y productos con propiedades uniformemente percibidas y apreciadas por una relación entre unos gustos que varían de manera necesaria según las condiciones económicas y sociales de su producción y unos productos a los que confieren sus diferentes identidades sociales... para percibir la necesidad de inscribir en la definición completa del producto las experiencias diferenciales que de ellos hacen los consumidores con arreglo a las disposiciones debidas a su posición en el espacio económico» (Bourdieu, P., 1988 :99).

La fórmula para conseguir develar la estructura del *estilo de vida* consiste en considerar la ecuación: habitus por capital más campo es igual a práctica enclausante.

e) entiende a la sociología como la ciencia de la institución y de la relación con la institución, fundamentando así la posibilidad de practicar una *sociología de la sociología*, es decir, concebir como tal, el espacio de la lucha de las clasificaciones y la posición o relación del sociólogo con tal espacio.

3. Nociones mediadoras de conocimiento

Los argumentos explicativos más importantes que fue construyendo en sus obras, para describir y explicar la articulación entre lo económico y lo simbólico, entre lo objetivo y lo subjetivo, entre la producción y el consumo, se materializan a partir de una serie de nociones mediadoras -tal como él las llama para diferenciarlas de los conceptos- a saber: juego, habitus, campo, estrategias de reproducción y subversión, y capital simbólico. El análisis que propone consiste, por un lado, en apartar las representaciones subjetivas de los agentes construyendo estructuras objetivas (modelos), lo que conlleva a fundamentar las representaciones subjetivas, dando cuenta de las coacciones estructurales que pesan sobre las interacciones. Por otro lado, esas representaciones también deben ser consideradas si se quiere dar cuenta especialmente de las luchas cotidianas, individuales o colectivas, que tienden a transformar o a conservar esas estructuras. Esto significa que los dos momentos del análisis, el objetivista y el subjetivista, existen en una relación dialéctica, y corresponde que los puntos de vista de los agentes o grupos de agentes sociales sean aprehendidos en tanto tales y relacionados con las posiciones que en la estructura ocupan aquéllos, en un lugar y un tiempo determinados.

3.1. El sentido práctico: las estrategias

Para superar verdaderamente la *oposición artificial* que se establece entre las estructuras y las representaciones, es necesario, hacerlas interactuar, pero, con un análisis que en principio las interrogue por separado. Sólo así se podrá romper con el modo de pensamiento *sustancialista* y *ahistoricista*. Bourdieu estima indispensable inscribir, en la teoría, el principio real que poseen las estrategias, es decir el *sentido práctico*, aquello que los jugadores llaman el *sentido del juego*, como dominio práctico de la lógica necesaria de un juego que se adquiere por la experiencia en el juego y que funciona más acá de la reflexión sobre los motivos que lo determinan.

Al respecto nos dice el autor:

«La noción de estrategia es el producto del sentido práctico como sentido del juego, de un juego social particular, históricamente definido, que se adquiere desde la infancia al participar en las actividades sociales, especialmente en los juegos infantiles. El buen jugador, que es en cierto modo el juego hecho hombre, hace en cada instante lo que hay que hacer, lo que demanda y exige el juego. Esto supone una invención permanente, indispensable para adaptarse a situaciones indefinidamente variadas, nunca perfectamente idénticas. Lo que no asegura la obediencia mecánica a la regla explícita, codificada (cuando existe). Las estrategias de doble juego consistentes en ponerse en regla, en poner el derecho de su parte, en actuar conforme a intereses mientras se aparenta obedecer a la regla. El sentido del juego no es infalible; está desigualmente repartido, en una sociedad como en un equipo. La libertad de invención, de improvisación, que permite producir la infinidad de jugadas hechas posibles por el juego (como en el ajedrez) tiene los mismos límites que el juego». (Bourdieu, P., 1993 :70).

Entonces, la pregunta: ¿cuáles son los intereses que tienen los agentes para ingresar a los juegos? Ante ello, Bourdieu plantea, que la *magia* propiamente social de la institución puede constituir casi cualquier cosa como de interés, tanto en el sentido de inversión o carga, que será objetivamente correspondido por una economía. Por ejemplo, la economía del honor (o la de los bienes de la salvación eterna) produce y recompensa disposiciones económicas y prácticas aparentemente ruinosas, por tan «desinteresadas», por lo tanto absurdas desde el punto de vista de la ciencia económica de los economistas. La *inversión* es la forma de objetivar esa inclinación por actuar que se engendra en la relación entre un espacio de juego, donde algo está en juego (lo que denomina un campo) y un sistema de disposiciones que se ajusta al juego (lo que denomina un habitus). Dicho en otras palabras, la *inversión* es el efecto histórico del acuerdo entre dos realizaciones de lo social: en las cosas, por la institución, y en los cuerpos, por la incorporación.

3.2. La noción de habitus

La noción de *habitus* es central en el esquema interpretativo bourdieano. Se trata de un concepto muy amplio que lleva por finalidad dar cuenta de cómo se produce el sentido práctico. Esta noción, que involucra una serie extensa de momentos constitutivos complejos, posee la dinámica propia de aquellos términos que señalan procesos en los cuales convergen extensos vectores temporales y situacionales. En una primera lectura parecería estar muy emparentada con el «inconsciente» del psicoanálisis, y con ello ser una categoría explicativa de las

La estructura del campo sería lo que permite definir, siempre objetivamente sobre la base de las relaciones mutuas, los estilos distintivos.

7. El efecto de las titulaciones escolares

Desde hace muchos años, y progresivamente, las clases más desposeídas han estado demandando en forma continua un aumento general en la tenencia de títulos escolares. La entrada en la carrera y en la competencia por la titulación académica de fracciones que hasta entonces han utilizado poco la escuela fue el producto de la apuesta que realizaron estas clases para obtener la movilidad social ascendente. Sin embargo, tras esta realidad, aparece otra mucho menos visible: *la devaluación de las titulaciones académicas*.

Entre los efectos más importantes del proceso de inflación de las titulaciones académicas y de la correlativa devaluación que ha forzado a todas las clases y fracciones de clase a intensificar el uso de la educación formal, y a contribuir a la superproducción de titulaciones se observa que los poseedores de titulaciones devaluadas, han elaborado estrategias para mantener su posición heredada, o para obtener de sus titulaciones el equivalente real de aquello que se garantizaba en un estado anterior de la relación entre las titulaciones y los puestos. Dice el autor:

«las transformaciones de la naturaleza de las empresas comerciales -que son correlativas con las transformaciones, en el mismo período, de la estructura del consumo doméstico, que a su vez está en correlación con el incremento de los ingresos y sobre todo, quizá, con el aumento del capital cultural ocasionado por la traslación de la estructura de las oportunidades de acceso al sistema enseñanza-están vinculadas por una relación dialéctica con una elevación del capital cultural de los propietarios o de los directivos. Todo hace pensar que la categoría de los artesanos ha experimentado unas transformaciones internas más o menos parecidas a las experimentadas por los comerciantes, al compensar la decadencia de las capas más desfavorecidas del artesanado tradicional el impulso experimentado por el artesanado de lujo y el artesanado artístico, que exigen la posesión de un patrimonio económico pero también la de un capital cultural. Se comprende que la disminución del volumen de estas categorías medias se vea acompañada de una elevación del capital cultural medido por el nivel de instrucción.» (Bourdieu, P., 1988: 138).

A continuación Bourdieu realiza un esquema del habitus que campea entre los agentes que participan de este nuevo sistema de relaciones, que ya se establece nítidamente en los países centrales en la década de los '60. Así, por ejemplo,

señala ocupaciones tales como artesanos o comerciantes de lujo, culturales o artísticos, gerentes de boutiques de confección, revendedores de prendas, de joyas exóticas u objetos rústicos, de discos, decoradores, diseñadores, fotógrafos, patronos de tabernas de moda, libreros de vanguardia. etc.:

«... afanados en prolongar más allá del tiempo de los estudios el estado de indistinción entre el ocio y el trabajo, el militantismo y el diletantismo, característico de la condición de estudiante, vendedores todos ellos de bienes o servicios culturales encuentran en unas profesiones ambiguas a la medida de sus deseos, en las que el éxito depende por lo menos tanto de la distinción sutilmente desenvuelta del vendedor y de sus productos como de la naturaleza y calidad de las mercancías, un medio de obtener el mejor rendimiento para un capital cultural donde la competencia técnica cuenta menos que la familiaridad con la cultura de la clase dominante y el dominio de los signos y emblemas de la distinción y del gusto. Todos estos rasgos predisponen a este nuevo tipo de artesanado y de comercio con una fuerte inversión cultural, que permite rentabilizar la herencia cultural transmitida directamente por la familia, a servir de refugio a los hijos de la clase dominante eliminados por la Escuela.» (Bourdieu, P., 1988: 138-140).

En general, los poseedores de titulaciones devaluadas son poco dados a darse cuenta de la inflación de las titulaciones académicas, se sienten fuertemente identificados con estas ya que son, en gran medida, constitutivos de su identidad social. La preocupación por salvaguardar la estima de sí mismo lleva a asirse al valor nominal de los títulos y de los puestos:

«el efecto de histéresis es tanto más marcado cuanto mayor es la distancia con el sistema escolar y tanto más débil o más abstracta es la información sobre el mercado de las titulaciones académicas. Entre las informaciones constitutivas del capital cultural heredado, una de las que más valor tiene es el conocimiento práctico o intelectual de las fluctuaciones del mercado de las titulaciones académicas, el sentido de la inversión que permite obtener el mejor rendimiento del capital cultural heredado en el mercado escolar o del capital escolar en el mercado laboral, sabiendo, por ejemplo, abandonar a tiempo las vías o carreras devaluadas para orientarse hacia vías o carreras de porvenir, en lugar de aferrarse a los valores escolares que procuraban los más altos beneficios en un estado anterior del mercado.» (Bourdieu, P., 1988: 140).

Así se comprende la histéresis de las categorías de percepción y apreciación que el *habitus* favorece construir para representarse dentro de la totalidad de los

usos sociales que podrían practicarse. Los efectos de esto se perciben generalmente como un fracaso personal, sin embargo, en un segundo momento, cuando la situación se ha generalizado más o menos ampliamente, aparece la desilusión colectiva como resultante del desajuste estructural entre las aspiraciones y las oportunidades. El desencanto manifiesto hacia esta situación puede manifestarse entre los jóvenes, como un rechazo hacia la finitud social, bajo la forma de una contra-cultura adolescente, aunque revista formas objetiva y subjetivamente diferentes según las clases sociales. Más o menos común a toda una generación, se expresa como formas de lucha, de reivindicación o de evasión, insólitas y mal comprendidas por las tradicionales instituciones u organizaciones sociales. En el sentido último del fenómeno, no puede obviarse el hecho de que hay un sistema social que ha pagado con promesas incumplidas, afectando la identidad personal y social. En la reacción, se intenta restablecer una identidad por oposición a estos veredictos. Un rechazo global hacia el sistema de oportunidades que se ofrecen como inevitable destino social.

Sobre esta base de desilusión, la generación engañada y desengañada, hace extensiva a todas las instituciones la rebeldía y el resentimiento, rechazando las inversiones que hay que poner en juego y que constituyen la condición necesaria para el funcionamiento de un sistema político-económico-social.

La forma de un conflicto entre las generaciones conlleva un carácter anti-institucional, que toma a menudo la forma de un conflicto final sobre los propios fundamentos del orden social, más radical y también más problemático que el conflicto político en su modalidad partidocrática. Así puede comprenderse cómo la primera generación romántica dirigió sus ataques contra los dogmas fundamentales del orden pequeño-burgués, reaccionando contra la significación de sentido que expresaban nociones tales como: «hacer carrera», «mantener la situación», «realizar el progreso», etc. Por supuesto que no todos los miembros de una generación participan en el sector rebelde. El efecto de trayectoria interrumpida también genera otras estrategias que, por lo general, se revelan tras un impulso a orientarse hacia las nuevas posiciones o a crearlas:

«La llegada a un puesto de agentes que, dotados de titulaciones distintas de las de sus ocupantes ordinarios, introducen en su relación con el puesto -considerado tanto en su definición técnica como en su definición social- aptitudes, disposiciones y exigencias desconocidas, lleva consigo necesariamente unas transformaciones del mismo: entre las que se observan cuando los recién llegados poseen titulaciones

superiores, las más visibles son el acrecentamiento de la división del trabajo que resulta de la autonomización de las tareas que hasta entonces estaban teórica o prácticamente aseguradas por unas profesiones con una extensión más amplia, y, a menudo, la redefinición de las carreras vinculadas con la aparición de reivindicaciones nuevas tanto en su forma como en su contenido.» (Bourdieu, P., 1988: 148).

Esta situación determina que, quienes poseen un capital cultural y social más o menos grande y se rebelen contra las trayectorias de clase rígidas, se dirijan prioritariamente hacia los sectores donde se elaboran las nuevas profesiones. Guiados por un sentido de redefinición creadora (amparados en un cierto margen de tranquilidad económica) y capitalizados en el seno de sus familias con las claves de las «buenas maneras», «el buen gusto» y el «encanto» físico, se orientan hacia las ocupaciones más dispersas y poco profesionalizadas en los sectores más nuevos de la producción cultural y artística, tanto del sector público como privado de la producción cultural. Como ejemplo de estas áreas podemos citar: radio, televisión, prensa, espectáculos, marketing, publicidad, investigación en ciencias sociales, etc., donde los puestos y las titulaciones no han adquirido todavía la rigidez de las tradiciones burocratizadas:

«las estrategias de reconversión no son sino un aspecto de las acciones y reacciones permanentes mediante las cuales cada grupo se esfuerza por mantener o cambiar su posición en la estructura social; o, con mayor exactitud, en un estadio de la evolución de las sociedades divididas en clases en las que no es posible conservar si no es cambiando, cada grupo se esfuerza por cambiar para conservar.» (Bourdieu, P., 1988: 146).

Bajo la lógica precedente podemos observar como en la lucha por adquirir titulaciones o lugares consagrados se establece una guerra de posiciones permanentes que significa una inversión por llegar de parte de los desposeídos, al tiempo que se realiza una operación de despegue de parte de quienes intentan mantener el status de la singularidad y la distinción. Ello se consigue desvalorizando el título que acaban de conseguir los pretendientes mediante la adquisición de otros nuevos (un verdadero rockero lleva más de veinte años sobre los escenarios), o simplemente cambiando las reglas de juego mediante nuevas definiciones de lo que es la «cumbre» (el buen rockero sabe acompañar en una improvisación de Jazz).

8. El «valor» de las producciones de cultura

Recapitulando lo dicho hasta aquí, podemos afirmar que, en el campo de la cultura las luchas por la apropiación de los bienes económicos o culturales son inseparablemente luchas simbólicas por la apropiación de esos signos distintivos que son los bienes o las prácticas enclasadadas y enclasantas, o por la conservación o la subversión de los principios de enclasmamiento de esas propiedades distintivas. La dinámica del campo en donde los bienes culturales se producen, se reproducen y circulan, proporcionando unos beneficios de distinción, encuentra su principio en las estrategias en las que se engendran su singularidad y la creencia en su valor, el efecto objetivo de la tensión competitiva es la distinción o la «clase de buen gusto», manifestación legítima, es decir transfigurada y desfigurada, de la clase social y que no existe más que mediante las luchas por la apropiación exclusiva de los signos distintivos que formalizan una «naturaleza más elevada».

La cultura es una apuesta. La oposición entre lo auténtico y lo imitado, la verdadera cultura y la vulgarización, que funda el juego al fundar la creencia en el valor absoluto de la oculta apuesta cultural: la distinción y la pretensión de alta cultura y de cultura media. En esas luchas entre adversarios objetivamente cómplices es donde se engendra el valor de la cultura, mejor dicho, donde se engendra la creencia en el valor de la cultura. La lucha a su vez produce así los efectos propios para disimular la propia existencia de la lucha.

El problema que se presenta al analizar el fenómeno de la música es que esta representa la forma más radical y más absoluta de negar al mundo, y en especial, el mundo social, en relación a las demás formas de arte. Tener un determinado gusto, es poseer una disposición adquirida para diferenciar y apreciar ámbitos, situaciones, conjuntos humanos, propuestas de vida, etc. De hecho, nuestros gustos nos expresan o nos traicionan más que nuestros juicios, así se trate de los políticos inclusive. No hay nada cotidianamente más difícil de soportar que los «malos» gustos de los demás. Los gustos son inseparables de la aversión por estilos de vida diferentes, una de las más poderosas barreras entre las clases. Como si esto fuese poco, los gustos cambian porque son distintivos y la producción acelerada de bienes culturales implica también una mayor producción de tipos de consumidores de la creencia en la música, con cambiantes gustos por la música.

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre. *Campo del poder y campo intelectual*. Folios Ediciones, Bs.As., 1983.
Capital cultural, escuela y espacio social. Siglo XXI editores. México 1997.
Cosas dichas. Gedisa S.A., Barcelona, 1993.
La distinción. Madrid, Taurus, 1988.
¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos. Akal/Universitaria, Madrid, 1985.
Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario. Anagrama. Barcelona. 1995.
El sentido práctico. Taurus Ed., Madrid, 1991.
Sociología y cultura. Grijalbo S.A., México, 1990.
Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loic. *Respuestas por una antropología reflexiva*. Grijalbo. México 1995.